

EDUARDO J., ALONSO OLEA, *Víctor Chávarri (1854-1900). Una biografía, San Sebastián, Eusko Ikaskuntza y Ayuntamiento de la Noble Villa de Portugalete, 2005, 261 pp.*

Víctor Chávarri es probablemente, junto con Altos Hornos de Vizcaya, el icono más representativo, en el ámbito empresarial, de la industrialización vizcaína del periodo de 1876 a 1914. Dueño de una fuerte personalidad con evidentes dotes de liderazgo, además de una gran capacidad de iniciativa empresarial –características que compartieron otros grandes empresarios vizcaínos de este periodo, como Martínez Rivas, Sota o Echevarrieta–, su temprana muerte a los 45 años de edad, tras una intensa y fructífera actividad en el mundo de los negocios y también en el de la política, contribuyó a convertirlo desde muy pronto en el principal referente del pujante y exitoso capitalismo vizcaíno de principios del siglo XX. De ahí, la relevancia que tiene el libro que reseñamos, que es el producto de una investigación monográfica sobre el empresario nacido en Portugalete (Vizcaya), auspiciada por el Ayuntamiento de esta localidad al cumplirse el 150 aniversario de su nacimiento.

El libro de Eduardo J. Alonso viene a llenar un hueco importante en la historiografía económica y empresarial de Vizcaya, un hueco que quedaba en evidencia por la importancia del personaje y que era necesario cubrir a la vista del avance que ésta ha experimentado en las últimas décadas. El libro enriquece el conocimiento que teníamos de Víctor Chávarri en casi todas sus facetas, y eso que de él ya sabíamos muchas cosas por tratarse de una figura prominente en el mundo empresarial vizcaíno del último cuarto del siglo XIX. Conocíamos su faceta de importante propietario y explotador de minas de hierro, pero ahora la conocemos mucho mejor. Sabíamos de su protagonismo en la promoción de negocios destacados, en particular por lo que se refiere a la fundación de la empresa siderometalúrgica La Vizcaya y a la creación de sociedades de ferrocarriles, pero ahora tenemos más elementos de juicio al respecto. Ha mejorado nuestro conocimiento sobre su actuación política, y eso que se trata de uno de los aspectos más revisados por los historiadores, en especial por lo que se refiere a la actuación de la Unión Liberal, popularmente llamada *La Piña*, el grupo de políticos dinásticos que controló la política local y provincial de Vizcaya en la última década del siglo XIX. En cambio, poco más sabemos de lo que ya sabíamos sobre su participación en la fundación y actuación de la Liga Vizcaína de Productores. Por lo demás, la amplia información que el autor aporta sobre el grupo familiar permite conocer con gran detalle los vínculos de parentesco y la importancia que tuvieron en el origen y el desarrollo de la actividad empresarial de Chávarri, un aspecto de los menos conocidos hasta ahora, como ocurre también con sus negocios inmobiliarios.

Un trabajo de esta naturaleza requiere abundante información de archivo, y el autor ha hecho un gran esfuerzo de búsqueda de esta clase de documentación, obteniendo información de “muchas y variadas” fuentes, según señala en la Introducción, con las que ha tratado de suplir la dispersión y pérdida de parte de los fondos tanto del archivo particular de Chávarri como del correspondiente a la sociedad Chávarri Hermanos, desde la que éste gestionó el patrimonio minero de su familia. Alonso da cuenta en la Introducción de los principales archivos y fuentes documentales que ha utilizado, pero no hubiese estado de más que la relación completa de unos y otras se hubiese incluido en el apartado de Bibliografía que aparece al final.

El libro se abre, como es habitual en esta clase de estudios biográficos, con un capítulo sobre el grupo familiar, en el que se examinan con detalle las relaciones familiares de Chávarri y de las dos generaciones que le precedieron —la de su padre Tiburcio y la de su abuelo paterno José—, con el fin de averiguar el entronque de su linaje y el origen de la fortuna heredada, y poder explicar mejor la base de su carrera empresarial. Como señala el autor, Víctor Chávarri no nació en el seno de una familia modesta. Por parte de su padre procedía del grupo de hacendados rurales de las Encartaciones que tenían un dominio sobre la tierra y las minas de hierro, además de sobre las instituciones políticas y administrativas locales; y por parte de madre entroncaba con la nobleza vizcaína y con los comerciantes bilbaínos. Así que reunía por vínculo familiar a los tres grupos sociales más poderosos de la Vizcaya de mediados del siglo XIX, grupos que, por otro lado, practicaban la endogamia como una forma de mantener y acrecentar su estatus. El principal patrimonio heredado por Chavarri fue minero (minas en propiedad), proveniente de su abuelo paterno, que fue, como su padre, propietario de minas de hierro en los Montes de Triano y comerciante de este mineral, habiendo formado parte de una de las sociedades más importantes de este ramo: Ybarra, Mier y Compañía. De ambos heredó también contactos y relaciones familiares y de negocios, que le fueron de mucha utilidad en el desarrollo de sus iniciativas empresariales. De hecho, hay un grupo de personas cuyos nombres se repiten con cierta frecuencia en las escrituras de constitución de empresas promovidas por Chávarri. Todas ellas parecen formar parte de una red informal de intereses con ramificaciones en la política provincial y nacional, que contribuyó a elevar la eficacia de su actividad empresarial.

Junto a la tradición y herencia mineras y a la red de relaciones familiares y de amistad, otro elemento imprescindible para comprender su personalidad empresarial es su formación de ingeniero en el extranjero, aspecto que se trata en el breve capítulo 3. Chávarri estudió en la Escuela de Ingeniería de Lieja (Bélgica) una Ingeniería en Artes y Manufacturas. Allí estuvo acompañado por su hermano Benigno, su socio y compañero más fiel en la mayoría de sus negocios, que estudió a su vez una Ingeniería Mecánica. Los dos continuaron así una tradición familiar que venía, al menos, de la generación anterior, pues su padre y sus tíos paternos habían realizado estudios en Francia. La experiencia no sólo le sirvió para alcanzar una elevada formación técnica o para recibir la influencia de la cultura belga, también resultó decisiva para poder implantar las iniciativas empresariales más importantes que llevó a cabo en el sector siderometalúrgico, y de modo especial en La Vizcaya, gracias a la incorporación de tecnología belga. Alonso da cuenta de cómo la empresa siderúrgica belga Cockerill se encargó de la construcción y equipamiento de la primera instalación de La Vizcaya, pero cabe pensar que las relacio-

nes de Chávarri con el mundo empresarial belga no terminaron ahí. Por ello, en mi opinión, hubiese sido interesante haber indagado algo más en este terreno, a fin de dilucidar la amplitud de estas relaciones y el grado de estabilidad y permanencia de las mismas.

El capítulo 4 lo dedica el autor al estudio de los negocios de Chávarri en la minería del hierro, asunto que resulta fundamental tanto para comprender los fundamentos de su fortuna como para conocer la práctica empresarial de uno de los explotadores de minas más importantes de Vizcaya. Las minas de los Chávarri estaban en Triano, el corazón de la riqueza minera de Vizcaya, eran más bien de pequeña dimensión, y en todos o casi todos los casos compartían la propiedad con otras personas, circunstancia que era habitual en la zona. La familia creó en 1882 la sociedad Chávarri Hermanos para gestionar la herencia minera recibida, convirtiéndose en una de las empresas mineras de capital autóctono más importantes de la provincia. Alonso hace un evidente esfuerzo por aclarar la complejidad de la propiedad de las minas de Triano, que no se corresponde con el que dedica a la explotación de las mismas; y el argumento con el que lo justifica de que esta responsabilidad recaía en Chávarri Hermanos y no personalmente en Víctor Chávarri, protagonista del libro, no deja de ser discutible, teniendo en cuenta que éste era su principal gestor junto con su hermano Benigno. Este desequilibrio es menos evidente cuando estudia las minas que Chávarri explotó solo o junto a otros importantes empresarios mineros locales, como Gandarias, lo que ocurrió en la zona de Ollargan, próxima a Bilbao. En cualquier caso, el capítulo concluye con una interesante aportación: los beneficios que Chávarri consiguió en la minería del hierro en la última década del siglo XIX así como los de la firma Chávarri Hermanos.

El capítulo 5, uno de los más importantes del libro, concentra la “incesante labor creadora” (p. 76) del biografiado como promotor de empresas en un amplio número de sectores: siderometalurgia, ferrocarriles, inmobiliario, minería, química, etcétera. En vez de analizar cada una de las empresas que creó o en las que participó, algunas de las cuales ya han sido objeto de estudios monográficos por parte de otros autores, Alonso ha optado por hacer un relato cronológico de sus iniciativas, puesto que así “será más fácil ver los cambiantes intereses de Chávarri a lo largo de sus dos décadas de vida activa en los negocios” (p. 76). La fuente documental empleada en la mayoría de los casos son las inscripciones del registro mercantil que recogen la creación de las empresas, de manera que la información que se aporta es rica en cuanto a la faceta de promoción de negocios, pero muy escasa en lo relativo a las características de la gestión que imprimió Chávarri a las empresas en las que tuvo esta responsabilidad, que no fueron todas las que creó ni mucho menos. En este sentido, se echa en falta un criterio para jerarquizar un conjunto variado de iniciativas empresariales, que no tuvieron la misma importancia en todos los casos, y en las que tampoco su protagonismo fue idéntico. En los casos más importantes (La Vizcaya, Hulleras del Turón, Ferrocarriles de Santander a Bilbao, Vizcaína de Electricidad) fue fundador, accionista destacado o principal y gestor y/o presidente del consejo de administración; en otros fue fundador y accionista importante o incluso principal, pero la gestión recayó en socios que tenían un mejor conocimiento del negocio (Unión Resinera, Basconia, Papelera del Cadagua); y en otros fue simple socio capitalista (Anglo-Vasca de las Minas de Córdoba, Argentífera de Córdoba).

En los capítulos 6 y 7 se abordan otras facetas destacadas de la vida de Víctor Chávarri, como su participación en organizaciones empresariales y su actividad política

como diputado y senador, que confluyeron en un mismo objetivo: la defensa de los intereses corporativos de los empresarios siderometalúrgicos vizcaínos. Sobre la primera, centrada en la contribución del biografiado a la creación y funcionamiento de la Liga Vizcaína de Productores (LVP), donde mantuvo una posición dura o intransigente —era “partidario de imponer su parecer de cualquier forma” (p. 135)—, el autor apenas se detiene, reconociendo que se trata de un asunto bien conocido. Resalta, en cambio, la actividad de apoyo a la LVP que Chávarri desplegó desde su posición de diputado a Cortes y senador, aprovechando toda su capacidad de influencia política en Madrid. Sus principales aportaciones al respecto fueron su obstrucción a la aprobación de los tratados de comercio con varias naciones europeas, que implicaban ventajas arancelarias a la entrada de mercancías procedentes de estos países, y sus gestiones con Sagasta para la renovación del Concierto Económico en 1894. Alonso sostiene que Chávarri no fue un político al uso, no fue un político profesional sino más bien un empresario que buscó en la política la solución de los problemas empresariales. Se movía mejor en las antesalas, pasillos y despachos que en la tribuna, y en ellos defendió sus intereses y trató de solucionar sus problemas.

El libro finaliza con un capítulo donde se relatan las circunstancias de la muerte repentina del biografiado y el impacto que su desaparición causó en Vizcaya. El autor valora, asimismo, la trascendencia de su obra, afirmando que “condicionó de forma evidente la estructura económica vizcaína durante casi todo el siglo XX” (p. 183). En cualquier caso, el análisis exhaustivo que el autor hace del patrimonio que Víctor Chávarri dejó al fallecer pone en evidencia el elevado rendimiento que obtuvo de sus extraordinarias dotes para los negocios, dotes que no pasaron desapercibidas para sus contemporáneos y que algunos publicistas del entorno de los grandes empresarios vizcaínos se han encargado de recrear y difundir posteriormente.

Por último, el libro se completa con un apéndice documental y otro fotográfico, que enriquecen y sistematizan la información contenida en sus páginas.

EUGENIO TORRES VILLANUEVA